

José Luis Sampedro

EDUCACIÓN CALLEJERA

Soy Catedrático de Universidad, pero mi ausencia desde hace diez años más bien me confiere el tratamiento de Excedentísimo Señor. Como la gran mayoría de los Catedráticos, llegué a ejercer la enseñanza sin haber aprendido nunca a enseñar; es decir, haciéndolo según lo habían hecho conmigo, más o menos. Todo eso más bien parece que debería obligarme, por ética elemental, a no molestar a los lectores con consideraciones de un indocto en materia docente.

Ahora bien, resulta que siempre me gustó enseñar. Empecé el oficio cuando yo tenía veintitrés años y la necesidad me forzó a preparar, para ciertas oposiciones del Estado, a un grupo de alumnos entre los cuales los había de más edad que yo. Desde aquel 1940 no dejé nunca de dar cursos sistemáticos y anuales hasta 1973, año en que solicité la excedencia de mi Cátedra. Y aún desde entonces continuó con cursillos y conferencias en distintos Centros. En consecuencia, si bien carezco de ciencia educativa, tengo en cambio una larga experiencia de la que ahora pretendo deducir reflexiones útiles.

Provocación intelectual

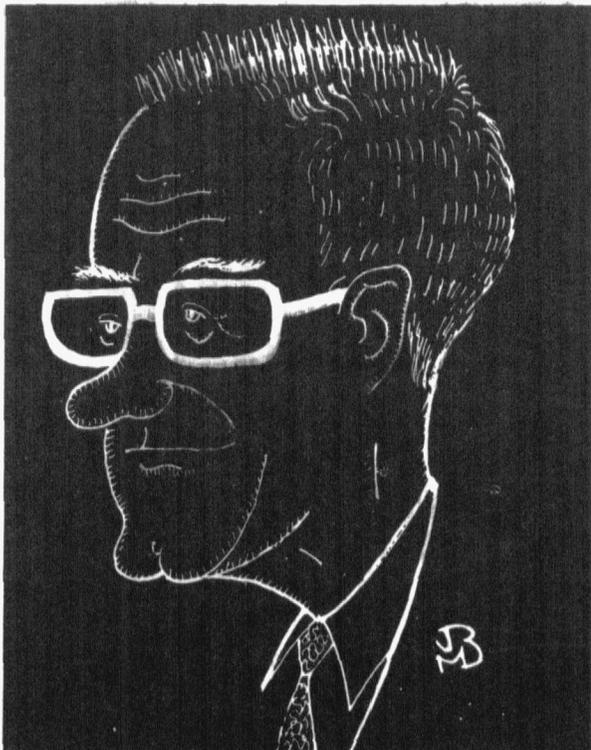
A lo largo de ese tiempo, mi discrepancia con la enseñanza tradicional ha sido creciente. En la Universidad mi experiencia ha consistido en comprobar, año tras año, que los alumnos llegaban sabiendo más o sabiendo menos, pero, desde luego, sin saber estudiar. No se les había enseñado a ello, ni tampoco a expresarse, con raras excepciones. Al afirmar lo primero quiero decir que su manera de «estudiar»

consistía en aprenderse de memoria textos, sin capacidad para leer treinta o cuarenta páginas y resumirlas en una breve exposición. En otras palabras, la memoria y la ausencia de sentido crítico habían sido los componentes principales de su aprendizaje. Yo mismo fuí antes víctima de tal sistema y todavía, medio siglo después, soy capaz de repetir de carrerilla quince puertos de Chile o siete islas del archipiélago Cook.

En cuanto a lo de expresarse, al parecer el ejercicio en redacciones sobre temas cotidianos no ha sido seguramente muy abundante. Tengo la impresión, por mi familia o mis amistades, de que esto va cambiando y quiero añadir también que mis recientes relaciones con Institutos y Centros de Enseñanza Media me hacen conocer actuaciones llenas de iniciativa docente. Pero, en general, me parece que la enseñanza ha tendido mucho más a inyectar conocimientos y enseñar a retenerlos que a formar una capacidad crítica y creadora.

El derecho a la educación

Como se desprende de los párrafos anteriores, aunque sólo sean expresión de una experiencia personal, dos concepciones de la enseñanza se enfrentan: la tradicional, conservadora del conocimiento (con concesiones a la innovación en la técnica, pero no en la ideología) frente a la encaminada a estimular el pensamiento propio y la capacidad crítica de cada ciudadano. Esa apreciación corresponde a otra dicotomía entre los que ponemos el énfasis de la vida social en el cambio y el progreso, frente a quienes lo ponen en el orden y el inmovilismo. Eso es lo que separa, en fin de cuentas, a los partidarios de una nueva orientación docente y a los conservadores de los usos anteriores. Comprendo perfectamente esa pugna, pero me deja estupefacto que los últimos citados vociferen ahora en nombre de la libertad cuando fueron ellos precisamente quienes durante tantos años negaron el pan y la sal a los discrepantes de sus puntos de vista. Por ejemplo, aun no siendo orteguiano, yo no puedo olvidar que el intento de crear un Instituto de Humanidades, en los años cincuenta, por Orte-



ga y Gasset en compañía de intelectuales muy valiosos, quedó abortado por estos nuevos partidarios de la «libertad».

La enseñanza para el control

Y para terminar con un asunto complejísimo, permítaseme reducirlo a lo que casi siempre se reducen estos conflictos: el dichoso dinerito, bien sea en metálico o en privilegios equivalentes. Como economista, no puedo por menos de tener la obsesión de hacer visible la famosa «mano invisible» que, según Adam Smith, debía guiar a todos a la prosperidad colectiva por la vía del egoísmo individual. Pues bien, aquí, una vez más, detrás de esos clamores nuevos está el viejo dinerito.

La libertad de enseñanza, como la libertad de mercado, no es real ni se verifica más que para los que tienen dinero. Estos mandarían siempre a sus hijos al colegio que quieran, mientras los pobres los mandarían al colegio que puedan y el deber del Estado es que este último sea lo mejor posible. La enseñanza privada, además, se utiliza para inculcar en sus primeros años a quienes por su posición económica, presente y futura, tenderán a ocupar los altos puestos donde se toman las decisiones nacionales. Sembrar en esas cabezas es siempre una gran esperanza de tenerlas de su parte cuando lleguen decisiones en el futuro.

Por eso se ha preferido hasta ahora no estimular las capacidades críticas y creadoras, favoreciendo el memorismo para que no se derrumbe la torre de la inculcación. Pero por eso mismo los que queremos el cambio y, con él, la verdadera libertad, defendemos la enseñanza como formación del pensamiento propio: para que los antiguos súbditos se conviertan en ciudadanos.